

Aral, el mar helado

El Mar de Aral es sinónimo de uno de las mayores catástrofes naturales de la humanidad. En 2014, unas fotos de la NASA certificaron que el que fuera el cuarto Mar interior más grande del mundo, se había reducido en un 90% por culpa de una pésima gestión hídrica de la ex-URSS. Si de por sí la vida aquí ya es difícil, en invierno, con temperaturas de -20 grados, se hace casi imposible. Sin embargo, en Tatusbek, un pequeño pueblo de a penas 100 habitantes de Kazajastán, sus habitantes resisten con la esperanza que las aguas vuelvan a bañar su orilla. Sus deseos no son en vano.



Hay lugares de la tierra dónde desearías no haber estado en tu vida. Sitios remotos y olvidados porque allí sólo pueden vivir una extraña estirpe de gente o sus nativos. En estos páramos, no hay turistas ni gente de paso. Y por supuesto, no existe garantía alguna que salves el trayecto que se exige para llegar hasta ellos. Tatusbek, en Kazajastán, es uno de ellos.

Para llegar a este pequeño pueblo de pescadores, debes tomar un tren nocturno desde Kyzylorda hacia Aral (30.000 habitantes). Desde la ciudad que da nombre al desierto que un día fuera mar, debes tomar dos 4x4 VAZ rusos para salvar 90 km de pista sobre el hielo que te roba más de unas diez horas en invierno (3 si es en primavera). Los trayectos se hacen de día y siempre en caravana con más de un vehículo ya que si el auto se estropea durante el camino, ninguna asistencia podrá recogerte: no hay asistencia ni cobertura telefónica. Mueres por congelación.

Una vez Tatusbek, el ambiente que se respira es mejor de lo que uno puede imaginar. Las 20 casuchas guardan una comunidad de unos 100 habitantes bienvenidos. Por supuesto no hay bar ni restaurantes. Tampoco hoteles. Nadie visita Tatusbek. Los mochileros que vienen atraídos a Aral para fotografiarse con los esqueletos de los barcos pesqueros barados se quedan en Uzbekistán. Es lo que llaman el "turismo negro", compuesto por curiosos que gustan de hacerse la foto con los vestigios de una masacre no sólo medioambiental sino también humana.

En 1960, el Mar de Aral tenía tanta superficie de agua como la actual Sri Lanka o el estado de Virginia. Pero la ex-URSS decidió canalizar sus cuencas para regar los campos de algodón de Uzbekistán y una década perdió un alarmante 90% del área superficial y el 92 % de su volumen. En 1996 solo se pescaron 547 toneladas de pescado (43.000 en 1960) y la mayoría estaba contaminada con pesticidas. Mientras tanto, la salinidad aumentó de 10 partes cada mil (ppt, por sus siglas en inglés) en 1960 (en especial el agua dulce) a 92 ppt en 2004, casi el triple de la salinidad de la mayoría de los océanos.

La toxicidad de la arena se combina con la contaminación por ensayos armamentísticos de la extinta central Vozrozhdenya (Renacimiento en ruso) que estaba en una de sus penínsulas. El fuerte viento levanta nubes tóxicas que contaminan una superficie equivalente a toda Holanda, afectando a países vecinos. Muchos habitantes de la zona sufren de cánceres linfáticos y enfermedades pulmonares.

Y aún así, cada día Eliobat (29 años) se levanta temprano para salir a pescar. Igual que todos sus vecinos está contento porque las aguas se están recuperando en esta parte del Mar de Aral, ya que Kazajastán construyó una presa en 2005 para preservar sus aguas de la sequía definitiva. "En 2010 la orilla estaba a cien kilómetros del pueblo. Ara está a 20 km", asegura. Y la salinidad está bajando. Durante los últimos años, la pesca se ha recuperado (unas 6.000 toneladas) y podría triplicarse si los buenos pronósticos se cumplen.

Sin embargo, durante el invierno a penas pescan ya que las aguas más cálidas están lejos. Igual que otros vecinos, Eliobat se dedica a criar camellos que mata cuando llegan las primeras heladas y así poder vender su carne. Cuando no trabaja pasa el día en casa, con su mujer Akerke (30 años) y su hija Dilmaz (4 años) que todavía no va a la escuela porque los niños se escolarizan a partir de los siete.

A parte de la escuela y la mezquita (la religión oficial es la musulmana) en el pueblo no hay espacios de socialización. El vacío y la soledad de este inmenso espacio solitario ralentiza la percepción de todo lo poco que sucede. Nunca hay nadie en las calles. Sólo un abeto con los ornamentos de la pasada Navidad. Un fantasma en un hueco del mundo de los vivos. Los vecinos van de una casa a la otra para compartir una sopa caliente o carne de camello. En las viviendas no hay vodka porque emborracharse puede tener un precio muy alto. Sin ir más lejos, el año pasado dos hombres no supieron encontrar el camino de vuelta a casa por haber bebido más de la cuenta. Murieron.

En el cementerio de Tastubek la última tumba correspondo al padre de Sezhan (30 años) y Eliobat (28). Eliobat ayuda a su hermano durante el invierno. Pescan perforando el hielo y

esperando, -día enteros-, en una especie de cabañas que se construyen entre la inmesidad de este desierto helado. En el extremo del extremo del mundo, sorprende encontrarse con gente con una fe a prueba de bombas: “Una leyenda asegura que el Mar de Aral se ha secado tres veces. Y siempre ha vuelto”, vaticina Eliobat.

Mientras esperan que la llegada de la primavera traiga el deshielo y con ello se recupere la pesca, la factoría de Tatubek apila el poco pescado seco para enviarlo a Aral. El pueblo duerme o mira la televisión vía satélite. Desde que ha llegado Internet, la aldea vive con la virtual ilusión de estar conectados al mundo.

A los hermanos Eliobat y Sezhan la aldea global no les interesa. Están más pendiente de su pesca o de cazar. Aunque está prohibido, las autoridades hacen la vista gorda. Y si un zorro se cruza por su camino tiene los días contados. A nadie les importa.

<http://www.agenci zoom.com/web/reportajes/aral-el-mar-helado/>